

La colección Un Libro por Centavos, iniciativa de la Decanatura Cultural, de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que distribuye para sus suscriptores la revista *El Malpensante* y se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles y organizaciones gubernamentales y no gubernamentales.

El objetivo de la colección continúa con los mismos propósitos e idéntico entusiasmo, en la promoción y divulgación de la poesía colombiana, latinoamericana y con la inclusión, hasta el momento, de poetas considerados clásicos españoles, franceses e italianos.

Este poemario n.º 139 *El amor se parece mucho a la tortura* es una antología de la poesía de Charles Baudelaire, cuya selección estuvo a cargo del poeta Alfonso Carvajal, para esta colección.

Selección y cuidado de
Alfonso Carvajal



N.º 139

CHARLES BAUDELAIRE

*El amor se parece
mucho a la tortura*

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL

2017

ISBN 978-958-772-

© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2017

Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia

Tel. (57 1) 342 0288

dextensionc@uexternado.edu.co

www.uexternado.edu.co

Primera edición

Octubre de 2017

Imagen de carátula

Fotografado de Charles Baudelaire por Charles Neyt, 1864.

Tomado de: https://www.reprodart.com/kunst/charles_neyt/charles_baudelaire_1821_67_wit.jpg

Diseño de carátula y composición

Departamento de Publicaciones

Impresión y encuadernación

Nomos Impresores

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

Consulte nuestros poemarios publicados durante 14 años en:

www.uexternado.edu.co/unlibroporcentavos

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

CONTENIDO

LAS FLORES DEL MAL [8]

- Epígrafe. Para un libro condenado [9], Al lector [10],
I Bendición [12], II El albatros [16], III Elevación [17],
IV Correspondencias [19], XXII Himno a la belleza [20],
XXIII Perfume exótico [22], XXX Una carroña [23],
XXXIII El leteo [26], XXXV [28],
XXXVI Remordimiento póstumo [29], LXIX Los gatos [30],
LXXIX Spleen [31], LXXXVIII El reloj [32],
Las viejecitas [34], A una mujer que pasa [39],
El vino de los amantes [40], Mujeres condenadas [41]

PEQUEÑOS POEMAS EN PROSA O SPLEEN DE PARÍS [43]

- A manera de prólogo [44],
I El extranjero [45], IO A la una de la madrugada [46],
33 Embriagaos [48], 35 Las ventanas [49],
30 La cuerda [51], El espejo [56],
El poema del Haschisch [57]

DIARIOS ÍNTIMOS [63]

LAS FLORES DEL MAL

EPÍGRAFE¹
PARA UN LIBRO CONDENADO

Lector tranquilo y bucólico,
sobrio e ingenuo hombre de bien,
tira este libro saturnal,
orgiástico y melancólico.

Si tú no has cursado tu retórica
con Satán, el sagaz decano,
¡tíralo! pues no lo comprenderías,
o me tomarías por un histérico.

Pero si, no te dejas hechizar,
tu ojo sabe sumirse en los abismos,
léeme, para aprender a quererme;

alma curiosa que sufres
y vas en busca de tu paraíso,
¡compadéceme!... si no, ¡te maldigo!

¹ BAUDELAIRE, CHARLES, *Poesía completa*, edición bilingüe libros Río Nuevo 6, Serie poesía/III, 7.ª ed., Traducción M.B.F. Barcelona, 1979, p. 26.

AL LECTOR²

La necesidad, el yerro, el pecado, la roña,
ocupan nuestras almas, trabajan nuestros cuerpos;
y como los mendigos alimentan su mugre, así nutrimos
nuestros blandos remordimientos.

Nuestro pecado es terco, nuestra contrición floja;
con creces nos hacemos pagar lo confesado
y alegres retornamos al camino fangoso,
creyendo nuestras culpas lavar con viles llantos.

En la almohada del mal es Satán Trismegisto
quien largamente acuna nuestro ser hechizado,
y el precioso metal de nuestra voluntad,
íntegro lo evapora ese químico sabio.

¡El Diablo es quien maneja los hilos que nos mueven!
A las cosas inmundas encontramos encantos;
y sin horror, en medio tinieblas hediondas,
cada día al Infierno descendemos un paso.

Tal como un libertino pobre que besa y muerde
el seno magullado de una vieja ramera,
robamos de pasada un placer clandestino,
que exprimimos bien fuerte como naranja seca.

² BAUDELAIRE, CHARLES, *Las flores del mal*, Traducción Nydia Lamarque, 4.ª ed., Ed. Losada, Buenos Aires, 1965, p. 41.

Denso, hormigueante, así como un millón de helmintos,
un pueblo de Demonios, hierve en nuestras cabezas.
y, cuando respiramos, la Muerte a los pulmones
baja, río invisible, con apagadas quejas.

Si el tósigo, el estupro, el puñal, el incendio,
de agradables dibujos no ornaron todavía
el trivial cañamazo de nuestra pobre suerte,
es, ay, porque nuestra alma no es bastante atrevida.

Pero entre, las panteras, los monos y los lince,
los buitres, escorpiones, serpientes y chacales
los monstruos aulladores, rampantes, gruñidores
de todos nuestros vicios en la leonera infame,

¡hay uno que es más feo, más inmundo, más malo;
sin lanzar grandes gritos ni mostrar grandes gestos,
convertiría a gusto la tierra en un despojo,
y tragaría el mundo en un solo bostezo.

¡Es el tedio! —de llanto involuntario llena la mirada,
su pipa fuma y sueña patíbulo.
¡Tú conoces, lector, al delicado monstruo,
hipócrita lector —mi igual—, ¡hermano mío!

I
BENDICIÓN³

Cuando, por un decreto de las fuerzas supremas,
el Poeta aparece en este mundo hastiado,
espantada su madre, con palabras blasfemas,
la muestra el puño a Dios, que la mira apiadada:

—“¡Ah, que no haya parido un nido de serpientes,
antes que alimentar esta pobre irrisión!
¡Maldita noche aquella de efímeros placeres
en que mi propio vientre concibió mi expiación!

Pues que entre todas las mujeres me reclamas
para ser el disgusto de mi triste marido,
y puesto que no puedo arrojar a las llamas,
como carta de amor, este monstruo encogido,

de tus maldades sobre el maldito instrumento,
tu odio que me abrumba he de hacer reflejar,
y torceré tan bien este árbol macilento,
que no podrá sus yemasapestadas brotar”.

³ *Ibíd.*, p. 45.

La espuma de su odio, de tal modo declara,
y, sin imaginar los designios eternos,
del Infierno en el fondo ella misma prepara,
las llamas que castigan los crímenes maternos.

Entre tanto, de un Ángel bajo el amparo leve,
el Niño rechazado con el sol se extasia;
y en todo lo que come, y en todo lo que bebe,
vuelve a encontrar el néctar bermejo y la ambrosía.

Y juega con el viento, charla con el celaje,
y se embriaga cantando camino de la cruz;
y el Espíritu síguelo en su peregrinaje,
y llora al verlo alegre cual pájaro en la luz.

Todos los que amar quiere lo observan con temor,
o bien, enardeciéndose con su tranquilidad,
juegan a quién consigue producirle un dolor,
y hacen en él ensayo de su ferocidad.

En el pan y en el vino que ha de probar su boca
mezclan ceniza junto con sucios salivazos;
con toda hipocresía derriban lo que toca,
y le acusan de haberse interpuesto en sus pasos.

Su mujer va gritando por las públicas plazas:
_ "Pues me encuentra tan bella que me quiere adorar,
cual los ídolos seré yo de las viejas razas,
y de igual modo que ellos, voy a hacerme adorar.

¡Y de nardo me emborracharé de incienso y mirra,
de genuflexiones, de viandas y de vinos,
para saber si en ese corazón que me admira
puedo usurpar, riendo, homenajes divinos!

Y, cuando me fatigüe de esas farsas impías,
sobre él mi frágil y fuerte mano posaré,
y con mis uñas, uñas cual las de las harpías,
hasta su corazón camino me abriré.

¡Como un pájaro joven que tiembla y que palpita,
rojo del seno su corazón he de arrancar,
y, para que se sacie mi bestia favorita,
por tierra con desprecio yo se lo he de arrojar!"

Al cielo, en que sus ojos ven un trono translúcido
sereno alza el Poeta en sus dos brazos piadosos,
y los vivos relámpagos de su espíritu lúcido,
le velan el aspecto de los pueblos furiosos:

“—¡Sed bendito, Dios mío, que dais el sufrimiento
cual divino remedio a nuestras impudicias,
así como el más puro y el mejor alimento
que prepara los fuertes a las santas delicias!

Yo bien sé que al Poeta un lugar reserváis
en las filas benditas de las santas legiones,
y que para la fiesta eterna lo invitáis
de Tronos, de Virtudes y de Dominaciones.

Yo sé que es el dolor la nobleza suprema,
en que jamás infiernos ni tierra morderán,
y que, para trenzar mi mística diadema,
los mundos y los tiempos todos contribuirán.

Mas las joyas perdidas de la antigua Palmira,
los metales ignotos y la perla más rara,
engarzada por vuestra mano, no bastarían
a esa hermosa diadema, resplandeciente y clara.

Pues no estará formada sino de lumbre pura,
del santo foco de los primitivos reflejos,
de la que los mortales ojos que más fulguran,
son sólo oscurecidos y quejosos espejos.

II

EL ALBATROS⁴

Se divierten a veces los rudos marineros
cazando los albatros, grandes aves del mar,
que siguen a las naves —errantes compañeros—
sobre el amargo abismo volando sin cesar.

Torpes y avergonzados, tendidos en el puente,
los reyes, antes libres, de la azul extensión
sus grandes alas blancas arrastran tristemente
como dos remos rotos sobre la embarcación.

Aquel viajero alado, ¡cuán triste y vacilante!
Él antes tan hermoso, ¡cuán grotesco y vulgar!
Uno el pico le quema con su pipa humeante;
otro imita, arrastrándose, su manera de andar.

Se asemeja el Poeta a este rey de la altura
que reta al arco y vence las tormentas del mar:
¡desterrado en la tierra, burlado en su amargura.
Sus alas de gigante le impiden caminar!

⁴ Tomado de *Las flores del mal*. Traducción de Andrés Holguín, Colcultura, Bogotá, 1976.

III ELEVACIÓN⁵

Por encima de valles, por encima de lagos,
de bosques y montañas, de nubes y de mares,
más allá de los soles, más allá de los éteres,
más allá de los lindes de estrellas a millares,

como un buen nadador que se goza en el agua,
alma mía te mueves con toda agilidad,
y alegremente surcas la inmensidad profunda
con una indecible y viril voluptuosidad.

¡Escápate bien lejos de esos mórbidos miasmas!
sube a purificarte al aire superior,
y el fuego claro que hinche los límpidos espacios
bebe tal como un puro y divino licor.

Detrás de los enojos y los hondos pesares
que cargan con su peso la existencia brumosa,
¡feliz quien a regiones lúcidas y serenas
lanzarse puede con un ala vigorosa!

⁵ BAUDELAIRE, CHARLES, *Las flores del mal*, Traducción Nydia Lamarque, 4.^a ed., Ed. Losada, Buenos Aires, 1965, p. 48.

Aquel cuyas ideas, cual si fueran alondras,
al cielo, de mañana, arrójanse desnudas...
—¡Que sobre el mundo vuela y entiende sin esfuerzo
la lengua de las flores y de las cosas mudas!

IV

CORRESPONDENCIAS⁶

Naturaleza es templo donde vivos pilares
dejan salir a veces tal cual palabra oscura;
entre bosques de símbolos va el hombre a la ventura,
que lo contemplan con miradas familiares.

Como ecos prolongados, desde lejos fundidos
en una tenebrosa y profunda unidad,
vasta como la noche y cual la claridad,
se responden perfumes, colores y sonidos.

Así hay perfumes frescos como carnes de infantes,
verdes como praderas, dulces como el oboe,
y hay otros corrompidos, ricos y triunfantes,

de una expansión de cosas infinitas henchidos,
como el almizcle, el ámbar, el incienso, el aloe,
que cantan los transportes del alma y los sentidos.

⁶ *Ibíd.*, p. 49.

XXII
HIMNO A LA BELLEZA⁷

¿Vienes del hondo cielo o del abismo sales,
Belleza? Tu mirar, infernal y divino,
vierte confusamente beneficios y crímenes,
por lo que se te puede comparar con el vino.

Tus dos ojos contienen el poniente y la aurora;
esparces más perfumes que ocaso tormentoso.
Tus besos son un filtro y tu boca es un ánfora
que hacen cobarde al héroe y al niño valeroso.

¿Sales del negro abismo o bajas de los astros?
Como un perro, el Destino sigue ciego tu falda...
Al azar vas sembrando la dicha y los desastres,
y todo lo gobiernas sin responder de nada.

¡Caminas sobre muertos, y te burlas, Belleza!
El Horror, de tus broches no es el menos precioso,
y el Crimen, que se cuenta entre tus caros dijes,
danza amorosamente en tu vientre orgulloso.

⁷ *Ibidem*, p. 63.

Deslumbrado, el insecto vuela hacia ti, candela.
Crepita, estalla y dice: “¡Bendigamos la antorcha!”
El amante jadeando sobre su bella amada,
parece un moribundo que acaricia su fosa.

¿Qué importa así del cielo vengas o del infierno,
Belleza, monstruo enorme, ingenuo y atrevido,
si tu mirar, tu pie, tu faz me abren la puerta
de un Infinito que amo y nunca he conocido?
De Satán o de Dios, ¿qué importa? Ángel, Sirena,
¿qué importa, si me vuelves, —¡hada de ojos sedantes,
ritmo, perfume, luz, ¡oh tú, mi única reina!—
menos odioso el mundo más cortos los infantes?

XXIII
PERFUME EXÓTICO⁸

Si, cerrados los ojos, en la tarde otoñal,
respiro de tu seno el olor caluroso,
veo desarrollarse un litoral dichoso
que deslumbran los fuegos de un sol por siempre igual.

Una isla perezosa donde da la natura
árboles singulares y de fruto sabroso;
hombres que tienen cuerpo delgado y vigoroso,
y mujeres con ojos que asombran de dulzura.

Por tu olor hacia climas hechiceros guiado,
veo un puerto donde hay velas y arboladuras
que aún de las marinas olas no han descansado;

mientras del tamarindo los perfumes ligeros
que mi nariz dilatan y en el aire perduran,
mézclanse en mi alma a una canción de marineros.

⁸ *Ibidem*, p. 64.

XXX
UNA CARROÑA⁹

Recuerda aquel objeto que vimos, alma mía,
un día estival y soleado:
al borde de un camino, una carroña infame
en lecho de piedras sembrado.

Con las piernas al aire, como una mujer lúbrica,
quemante y sudando veneno,
abría de manera abandonada y cínica
su vientre de emanaciones lleno.

El sol resplandecía sobre esa podredumbre,
como para cocerla a punto,
y devolver al céntuplo a la Naturaleza
cuando ella había puesto junto.

Y el cielo contemplaba la osamenta magnífica
expandirse como una flor.
Creíste desmayada caer sobre la hierba,
tan fuerte era el hedor.

⁹ *Ibíd.*, p. 69.

Las moscas bordoneaban sobre aquel vientre pútrido,
del que salían batallones de larvas negras,
que corrían como líquido espeso
por esos vivientes jirones.

Todo aquello bajaba, subía cual las olas,
o desprendíase crujendo;
dijérase que el cuerpo, lleno de un soplo vago,
multiplicábase viviendo.

Y todo eso sonaba con una extraña música,
de agua o de viento era el rumor,
o de grano que con rítmico movimiento,
agita y vuelve al harnero

Las formas se borraban, no eran ya más que un sueño,
un esbozo confuso y lerdo
en la tela olvidado, al que el artista acaba
solamente por el recuerdo.

Y detrás de las rocas, una perra intranquila
nos miraba con ojo airado,
acechando el momento de recobrar en la osamenta
el apetecido bocado.

—Y sin embargo, igual serás a esta basura,
a toda esta horrible infección,
estrella de mis ojos, sol de mi vida entera,
¡tú, mi ángel y mi pasión!

Sí, tal habrás de ser oh, reina de las gracias,
después de los últimos rezos,
cuando bajo la hierba florida y lujuriente
te enmohezcas entre los huesos.

¡Entonces, oh, mi bella, dile a los gusanos
que te devorarán a besos,
que yo guardé la forma y la esencia divina
de mis amores descompuestos!

XXXIII
EL LETEO¹⁰

Ven a mi pecho, alma cruel y sorda,
tigre adorado, monstruo de indolencia;
quiero sumir mis dedos temblorosos
por largo tiempo entre tu crin espesa.

En tus faldas, que colma tu perfume,
amortajar mi testa dolorida,
y de mi amor cadáver el relente
respirar como el de una flor marchita.

¡Quiero dormir! ¡Dormir y no vivir!
En un letargo cual la muerte ambiguo,
imprimiré mis besos sin reparo
sobre tu cuerpo como el cobre, liso.

Para ahogar mi sollozo apaciguado
nada iguala el abismo de tu lecho;
en tu boca el potente olvido habita,
y fluye de tus besos el Leteo.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 72.

Desde hoy, con delicia he de entregarme
como un predestinado a mi destino;
mártir dócil, sin culpa condenado,
cuyo fervor atiza su martirio.

Y el nepentes y la buena cicuta
Succionaré para ahogar mi rencor
Del pezón dulce de ese agudo seno
que nunca ha contenido un corazón.

XXXV¹¹

Una noche, junto a una espantosa judía,
como junto a un cadáver un cadáver tendido,
me di a pensar, al lado de aquel cuerpo vendido,
en la triste belleza que mi deseo ansía.

Y me representaba su majestad nativa,
su mirar de vigor y de gracias armado,
sus cabellos que le hacen un casco perfumado,
cuyo solo recuerdo para el amor me aviva.

Pues desde tus pies frescos hasta tus negras trenzas,
desatando un tesoro de caricias intensas
tu noble cuerpo hubiera besado con fervor,

si alguna vez con llanto vertido fácilmente,
oh reina de las crueles, pudieras solamente,
de tus frías pupilas velar el esplendor

¹¹ *Ibíd.*, p. 73.

XXXVI
REMORDIMIENTO PÓSTUMO¹²

Cuando en el fondo duermas, mi bella tenebrosa,
de una bóveda en mármol oscuro trabajada,
y ya no tengas más por alcoba y morada
que una llovida cueva y que una hueca fosa,

cuando la piedra oprima tu carne temerosa,
y tus flancos que el ocio hechicero ha pulido,
impida al corazón el ansia y el latido,
y a tus pies recorrer su senda presurosa,

la tumba, confidente de mi sueño infinito
—porque la tumba siempre comprenderá al poeta—
en esas noches de las que el sueño está proscrito,

te dirá “¿De qué os sirve, cortesana incompleta,
el no haber conocido lo que lloran los muertos?”
—y te roerá el gusano como un remordimiento.

¹² *Ibíd.*, p. 74.

LXIX
LOS GATOS¹³

Los amantes fervientes y los sabios austeros,
en su madurez, aman de los gatos la raza;
los gatos, fuertes, suaves, orgullo de la casa,
como ellos sedentarios y como ellos frioleros.

Amigos de la ciencia y el deleite a la vez,
al horror y al silencio de las tinieblas fieles,
los tomara el Erebo por fúnebres corceles,
si doblarse al yugo pudiera su altivez.

Al meditar adoptan las nobles actitudes
de las esfinges, que en solitarias latitudes,
en ensueños sin fin se adormecen tranquilas;

mágicas chispas brotan de sus ancas fecundas,
y partículas de oro, como arenas profundas,
estrellan vagamente sus místicas pupilas.

¹³ *Ibíd.*, p. 106.

LXXIX
SPLEEN¹⁴

Yo tengo más recuerdos que si hubiera mil años.
Un arcón atestado de papeles extraños,
de cartas de amor, versos, procesos y romances,
con pesados cabellos envueltos en balances,
menos secretos guarda que mi triste cabeza.
Es como una pirámide, como una enorme huesa,
con más muertos que la común fosa apetece.
Yo soy un cementerio que la luna aborrece,
y cual remordimiento, van gusanos fornidos
encarnizándose con mis muertos más queridos.
Soy un viejo boudoir con rosas deshojadas,
donde yace un montón de modas anticuadas;
los dolidos pasteles y un Boucher ya apagado,
aspiran allí solos un frasco desatapado.

Nada más largo es que las rengas jornadas,
cuando bajo los gruesos copos de las nevadas,
el tedio, fruto de la sombría incuriosa,
toma las proporciones de la inmortalidad.
—Desde ahora eres solo, ¡oh materia viviente!
un granito rodeado de un espanto inconsciente,
¡embotado en el fondo de un Sahara brumoso!
Vieja esfinge ignorada del mundo presuroso,
olvidada en el mapa, cuyo humor inclemente
a los rayos tan sólo canta del sol poniente.

¹⁴ *Ibidem*, p. 112.

LXXXVIII
EL RELOJ¹⁵

¡Reloj!, Dios espantoso, imposible, malvado,
cuyos dedos: “¡Acuérdate!”, dicen amenazantes;
lo mismo que en un blanco los Dolores vibrantes,
se clavarán bien pronto en tu pecho aterrado.

Huirá hacia el horizonte el Placer vaporoso,
así como una sílfide detrás de un bastidor;
cada instante devora de la delicia un trozo
a cada hombre acordada para toda su flor.

Tres mil seiscientas veces en cada hora, el segundo
murmura: “¡Acuérdate!” —Y con su voz seca de insecto,
dice el Ahora: Soy el Ayer, y en efecto
me he chupado tu vida con este labio inmundo!

¡Remember! Esto memor ¡Acuérdate! (Sonoro
habla todas las lenguas mi labio de metal)
gangas son los minutos, inconsciente mortal,
y no hay que abandonarlos sin extraerles su oro

¹⁵ *Ibíd.*, p. 120.

“Acuérdate” que el Tiempo es jugador tenaz,
¡que no hace trampa y gana tiro a tiro! Es la ley.
El día baja; crece la noche, “¡Acuérdate!”
Se agota la clepsidra; el abismo es voraz.

La hora va a sonar en que el Azar burlón,
y la Virtud, tu esposa que aún virgen espera;
y el Arrepentimiento (¡oh, posada postrera!),
todo te dirá: “¡Es tarde! ¡Muere, viejo poltrón!”

LAS VIEJECITAS¹⁶

A Víctor Hugo

I

En los pliegues sinuosos de las viejas capitales,
donde todo, lo mismo el horror, vuelve a los encantamientos,
acecho, obediente a mis humores fatales,
seres singulares, decrepitos y encantadores.

Estos monstruos dislocados fueron antaño mujeres,
¡Eponina o Lais! Monstruos quebrados, jorobados,
o torcidos, ¡amémosles!, son todavía almas.
Bajo las enaguas agujereadas y bajo los fríos tejidos

se arrastran, flagelados por los cierzos inicuos,
tiemblan ante el estrépito rodante de los ómnibus,
y aprietan en su costado, igual que reliquias,
un saquito bordado de flores o de jeroglíficos;

trotan, semejantes en todo a marionetas;
se arrastran, como hacen los animales heridos,
o bailan, sin querer bailar, pobres cascabeles
donde se cuelga un demonio sin piedad. Tan rotas

¹⁶ BAUDELAIRE, CHARLES, *Poesía completa*, edición bilingüe libros Río Nuevo 6, Serie poesía/III, Séptima edición; Traducción M.B.F. Barcelona, 1979, p. 26.

como están, tienen los ojos penetrantes como una barrena,
brillantes como esos hoyos donde al agua duerme en la noche;
tienen los ojos divinos de la jovencita
que se asombra y que ríe de todo lo que reluce.

—¿Habéis observado que muchos ataúdes de viejas
son casi tan pequeños como los de un niño?
La muerte sabia mete en estos féretros semejantes
un símbolo de un gusto raro y cautivador,

y cuando entreveo un fantasma débil
atravesando de París el hormigueante cuadro,
me parece siempre que este ser frágil
se va todo dulcemente hacia una nueva cuna;

a menos que, meditando en la geometría,
no busque, en el aspecto de estos miembros discordes,
cuántas veces es menester que el obrero varíe
la forma de la caja donde se mete todos estos cuerpos

—Esos ojos son pozos hechos de un millón de lágrimas,
crisoles que un metal enfriado adornó con lentejuelas...
Esos ojos misteriosos tienen invencibles encantos
para aquél a quien el austero infortunio amamantó.

II

Del antiguo Frascati vestal enamorada;
sacerdotisa de Talía, ¡ay!, de la cual el apuntador
enterrado sabe el nombre; célebre evaporada
que Tívoli antaño sombreaba en su flor,

¡todas me encantan!, pero entre esos seres frágiles
hay quienes, haciendo del dolor miel,
dicen a la abnegación que les prestaba sus alas:
«¡Hipógrifo poderoso, condúceme hasta el cielo!».

La una, por su patria en la desgracia ejercitada,
la otra, a quien su esposo sobrecargó de dolores,
la otra, por su hijo Madona traspasada,
¡todas habrían podido formar un río con sus llantos!

III

¡Ah! ¡Cuántas de esas viejecitas he seguido!
Una, de entre otras, a la hora en que el sol poniente,
ensangrienta el cielo de heridas rojas,
pensativa, se sentaba descuidadamente en un banco,

para oír uno de esos conciertos, ricos en cobre,
en los cuales los soldados muchas veces inundan nuestros jardines,
y que, en esas tardes de oro en las que uno se siente revivir,
derraman algún heroísmo en el corazón de los ciudadanos.

Aquella derecha todavía, fiera y sintiendo el ritmo,
aspiraba ávidamente este canto vivo y guerrero;
su ojo a veces se abría como el ojo de urna vieja águila;
¡su frente de mármol estaba hecha para el laurel!

IV

Así andáis, estoicas y sin lamentos,
a través del caos de las vivientes ciudades,
madres del corazón sangrante, cortesanas o santas,
de las cuales otras veces los nombres por todos eran citados.

Vosotras que fuisteis la gracia o que fuisteis la gloria,
¡nadie os reconoce! Un borracho incivil
os insulta al pasar de un amor irrisorio;
tras vuestros talones brinca un niño apocado y vil.

Avergonzadas de existir, sombras arrugadas,
temerosas, la espalda baja, os pegáis a las paredes;
nadie os saluda, extraños destinos.
¡Despojos de humanidad para la eternidad maduros!

Pero yo, que de lejos tiernamente os vigilo,
el ojo inquieto, fijo en vuestros pasos inseguros,
todo como si yo fuera vuestro padre, ¡oh maravilla!
gusto a vuestras espaldas placeres clandestinos:

veo expandirse vuestras pasiones novicias;
sombrios o luminosos, vi vuestros días perdidos;
¡mi corazón multiplicado goza de todos vuestros vicios,
mi alma resplandece con todas vuestras virtudes!

¡Ruinas! ¡Familia mía! ¡Oh cerebros congéneres!
¡Os hago cada noche un solemne adiós!
¿Dónde estaréis mañana, Evas octogenarias,
sobre quienes pesa la garra aterradora de Dios?

A UNA MUJER QUE PASA¹⁷

La calle, ensordeciéndome, en torno mío aullaba.
Revelando, alta y fina, un dolor majestuoso,
una mujer de luto pasó y. en gesto airoso,
el festón de su traje su mano levantaba.

Noble y esbelta con su pierna de escultura...
Yo bebía, crispado, en su mirada clara
—como en un cielo lívido que el temporal prepara—
la dulzura que enerva y el placer que tortura.

¡Un rayo y después sombras! Fugitiva beldad,
cuyo mirar me ha hecho de pronto renacer,
¿ya no volveré a verte hasta la eternidad?

¡Muy lejos o muy tarde, quizá nunca tal vez!
Ni sabes dónde me hallo ni sé hacia dónde huiste.
¡A ti te hubiera amado, a ti que lo supiste!

¹⁷ Tomado de *Las flores del mal*. Traducción de Andrés Holguín, Colcultura, Bogotá, 1976.

EL VINO DE LOS AMANTES¹⁸

¡Hoy el espacio es espléndido!
Sin freno, sin espuelas, sin brida,
partamos a caballo del vino
hacia un cielo maravilloso y divino.

Como dos ángeles a quienes tortura
una implacable calentura,
en el azul cristal de la mañana,
¡sigamos el espejismo lejano!

Muellemente balanceados en el ala
del torbellino inteligente,
en un delirio paralelo,

hermana mía, lado a lado nadando
huiremos sin reposo ni treguas
hacia el paraíso de mis sueños.

¹⁸ BAUDELAIRE, CHARLES, *Poesía completa*, edición bilingüe libros Río Nuevo 6, Serie poesía/III, 7.ª ed., Traducción M.B.F. Barcelona, 1979, p. 298.

MUJERES CONDENADAS¹⁹

Como un ganado pensativo en la arena acostadas,
vuelven sus ojos hacia el horizonte de los mares,
y sus pies que se buscan y sus manos aproximadas
tienen dulces languideces y estremecimientos amargos.

Las unas, corazones enamorados de las largas confianzas,
en el fondo de los bosquecillos donde charlan los arroyos,
van deletreando el amor de medrosas infancias
y ahondan la madera verde de los jóvenes arbolitos;

las otras, como hermanas, caminan lentas y graves
a través de las rocas llenas de apariciones,
donde san Antonio ha visto surgir como de las lavas
los pechos desnudos y purpúreos de sus tentaciones;

hay, a los resplandores de resinas ruinosas,
quienes en el hoyo mudo de los viejos antros paganos
te llaman en socorro de sus fiebres aullantes,
¡oh, Baco, adormecedor de los remordimientos antiguos!

Y otras en las que la garganta ama los escapularios,
las cuales, escondiendo un látigo bajo sus largas vestiduras,
mezclan, en la madera oscura y las noches solitarias,
la espuma del placer con lágrimas de los tormentos.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 322.

¡Oh, vírgenes, oh, demonios, oh, monstruos, oh, mártires!,
de la realidad grandes espíritus despreciadores,
buscadoras de infinito, devotas y sátiras
tan pronto llenas de gritos, tan pronto colmadas de llantos,

vosotras que en vuestro infierno mi alma os ha perseguido,
pobres hermanas, os amo tanto como os compadezco,
por vuestros terribles dolores, vuestra sed insatisfecha,
¡y las urnas de amor del que vuestros grandes corazones están
llenos!

PEQUEÑOS POEMAS
EN PROSA O
SPLEEN DE PARÍS²⁰

²⁰ BAUDELAIRE CHARLES, *Pequeños Poemas en Prosa o Spleen de París*, Traducción José Antonio Millán Alba, Cátedra Letras Universales, Madrid, 1986.

A MANERA DE PRÓLOGO²¹

A la montaña he subido, dichoso el corazón.
Desde allí, enteramente, puede verse la ciudad:
Purgatorio, lupanares, infierno, hospitales, prisión.

Toda desmesura florece allí como una flor.
Y tú ya sabes, ¡oh satán!, dueño de mi aflicción,
Que no subí a derramar lágrimas vacías,

Sino que, como viejo lascivo con su vieja amante,
Así quería embriagarme de la enorme ramera
Cuyo encanto infernal rejuvenece mi vida.

Ya sigas dormida entre las sábanas del amanecer,
Pesada, oscura, resfriada; o ya te engalanes
Con los velos de la noche recamados de oro fino,

Te quiero, ¡oh infame capital!
Vosotras, cortesanas,
Y vosotros, bandidos, a menudo brindáis placeres
Que el vulgo profano no sabe comprender.

²¹ *Ibíd.*, p. 49.

I
EL EXTRANJERO²²

- Dime, hombre enigmático, ¿a quién prefieres? ¿A tu padre, a tu madre, a tu hermana o a tu hermano?
- No tengo padre, ni madre, ni hermana ni hermano.
- ¿A tus amigos?
- Empleáis una palabra cuyo sentido me es hasta hoy desconocido.
- ¿A tu patria?
- Ignoro bajo qué latitud se encuentra.
- ¿A la belleza?
- Gustoso la amaría, diosa e inmortal.
- ¿Al oro?
- Lo odio, como vosotros odiáis a Dios.
- ¿Qué es, entonces, lo que amas, extraordinario extranjero?
- Amo las nubes... las nubes que pasan... allá lejos... ¡las maravillosas nubes!

²² *Ibíd.*, p. 51.

A LA UNA DE LA MADRUGADA²³

¡Al fin solo! No se oye más que el rodar de algunos rezagados y desvencijados carruajes. Durante unas horas poseeremos el silencio, ya que no el reposo. ¡Por fin!; ha desaparecido la tiranía del rostro humano y sólo sufriré por mí mismo.

¡Al fin me está, pues, permitido relajarme en un baño de tinieblas! Ante todo, doble vuelta a la cerradura. Pienso que esa vuelta de la llave aumentará mi soledad y hará más fuertes las barricadas que ahora mismo me separan del mundo.

¡Horrible vida! ¡Horrible ciudad! Recapitulemos la jornada: haber visto a varios hombres de letras, uno de los cuales me preguntó si se podía ir a Rusia por tierra (sin duda tomaba Rusia por una isla); haber discutido generosamente con el director de una revista, el cual, a cada objeción, respondía: «este es el partido de la gente honesta», lo que implica que los demás periódicos están hechos por tunantes; haber saludado a una veintena de personas, quince de las cuales me eran desconocidas; haber estrechado manos en la misma proporción, y

²³ *Ibíd.*, p. 62.

ello sin haber tomado la precaución de comprar unos guantes; haber subido, para matar el tiempo, durante un aguacero, a la casa de una mujer casquivana que me rogó le diseñara un vestido de venustez; dar la coba a un director de teatro, el cual, al despedirme, me decía:

«—Tal vez hiciera mejor en dirigirse a Z...; es el más plúmbeo, el más tonto y el más célebre de todos mis autores; quizá con él pudiera usted llegar a algo. Véale y después nos veremos»; haberme vanagloriado (¿por qué?) de algunas viles acciones que nunca he cometido y haber negado cobardemente otras fechorías que hice con gusto, delito de fanfarronería, crimen de respeto humano; haber negado a un amigo un fácil servicio y dado una recomendación por escrito a un perfecto sinvergüenza. ¡Uf! ¿Es esto todo?

Descontento de todos y descontento de mí, bien quisiera rescatarme y recobrar algo de orgullo en el silencio y la soledad de la noche. Almas de aquellos a quienes he amado, almas de aquellos a quienes he cantado, reconfortadme, sostenedme, alejad de mí la mentira y los corruptos vapores del mundo. ¡Y Vos, Señor, Dios mío, concededme la gracia de hacer algunos versos bellos que me prueben a mí mismo que no soy el último de los hombres, que no soy inferior a los que desprecio!

33

EMBRIAGAOS²⁴

Hay que estar siempre borracho. Todo radica ahí: es la única cuestión. Para no sentir el horrible fardo del Tiempo, que destroza vuestras espaldas y os inclina hacia el suelo, es preciso emborracharse sin tregua.

¿Y de qué? De vino, de poesía o de virtud, a vuestro antojo, pero embriagaos.

Y si alguna vez os despertáis en la escalinata de un palacio, en la verde hierba de un foso, en la mustia soledad de vuestro cuarto, habiendo disminuido o desaparecido la embriaguez, preguntad al viento, a la ola, a la estrella, al pájaro, al reloj, a todo lo que huye, gime, rueda, canta y habla, preguntadle qué hora es; y el viento, la ola, la estrella, el reloj os responderán: «¡Es hora de embriagarse! Para no ser esclavos martirizados por el Tiempo, embriagaos, embriagaos constantemente! De vino, de poesía o de virtud, a vuestro antojo».

²⁴ *Ibíd.*, p. 114.

35

LAS VENTANAS²⁵

El que mira desde fuera por una ventana abierta no ve nunca tantas cosas como el que mira una ventana cerrada. No hay objeto más profundo, más misterioso, más fecundo, más tenebroso, más deslumbrante, que una ventana iluminada por la luz de un candil. Lo que puede verse al sol es siempre menos interesante que lo que sucede tras un cristal. En ese agujero negro o luminoso vive la vida, sueña la vida, alienta la vida.

Más allá de las oleadas de tejados veo a una mujer madura, arrugada ya, pobre, inclinada siempre sobre algo y sin salir nunca. Con su rostro, su vestido, su gesto, su casi nada, he rehecho la historia de esa mujer o, más bien, su leyenda, y algunas veces me la cuento a mí mismo llorando.

Si hubiese sido un pobre viejo, habría rehecho la suya con la misma facilidad.

Y me acuesto, orgulloso de haber vivido y sufrido en otros distintos de mí.

²⁵ *Ibíd.*, p. 117.

Puede que me digáis: «¿Estás seguro de que esa leyenda es la cierta?» ¿Qué importa lo que pueda ser la realidad que se encuentra fuera de mí, si me ha ayudado a vivir, a sentir que soy y lo que soy?

30
LA CUERDA²⁶

A Edouard Manet

“Las ilusiones —me decía mi amigo— acaso son tan innumerables como las relaciones de los hombres entre sí o de los hombres con las cosas. Y cuando la ilusión desaparece, es decir, cuando vemos al ser o al hecho tal como existe fuera de nosotros, experimentamos un sentimiento extraño y complicado, mitad pesadumbre por el fantasma desaparecido, mitad agradable sorpresa ante la novedad, ante el hecho real. Si existe un fenómeno evidente, trivial, siempre similar y de una naturaleza respecto de la cual es imposible engañarse, es el amor materno. Tan difícil es suponer una madre sin amor materno como una lumbre sin calor; ¿no es, pues, perfectamente legítimo atribuir al amor materno todos los actos y palabras de una madre relacionados con su hijo? Sin embargo, escucha esta historia, en la que he sido singularmente mistificado por la ilusión más natural.

“Mi profesión de pintor me lleva a observar atentamente los rostros, las fisonomías que encuentro en mi camino, y tú sabes cuánto gozo nos depara esa facultad que hace

²⁶ Tomado de *Spleen de París*, Traducción de Álvaro Rodríguez, Áncora Editores, 1995.

la vida más viva a nuestros ojos y más significativa que para los demás hombres. En el apartado barrio en que vivo, donde amplios espacios de césped separan aún las casas, observé a menudo un niño cuya fisonomía ardiente y picara, más que las restantes, me sedujo desde el principio. Más de una vez me sirvió de modelo y lo transformé ora en pequeño bohemio, ora en ángel, ora en amor mitológico. Le hice llevar el violín del vagabundo, la corona de espinas y los clavos de la pasión y la antorcha de Eros. En fin, llegué a experimentar un placer tan vivo con las ocurrencias de ese chiquillo, que un día rogué a sus padres, gente pobre, que me lo cedieran, prometiendo vestirlo bien, darle algún dinero y no imponerle más tarea que la de limpiar mis pinceles y hacer mis encargos. El niño, una vez bañado, se transformó en algo encantador, y la vida que llevaba en mi casa le parecía un paraíso comparada con la que hubiera tenido que soportar en el cuchitril paterno. Tan sólo debo añadir que el chiquillo me asombró algunas veces con crisis singulares de tristeza precoz, y que pronto manifestó un gusto inmoderado por el azúcar y los licores; tanto que un día en que comprobé que no obstante, mis numerosas advertencias, había cometido un nuevo hurto de tal género, lo amenacé con devolverlo a sus padres. Luego salí, y mis asuntos me retuvieron algunas horas fuera de casa.

“Cuál no sería mi horror y mi asombro cuando, ya de regreso, lo primero que atrajo mi vista fue mi chiquillo, el travieso compañero de mi vida, colgado del entrepaño de este armario. Sus pies tocaban casi el suelo; una silla, que

a no dudar había rechazado con el pie, yacía derribada junto a él; su cabeza, convulsa, se inclinaba sobre un hombro; la hinchazón de su rostro y de sus ojos, totalmente abiertos en espantable fijeza, me produjeron al principio la ilusión de la vida. Descolgarlo no fue una tarea tan fácil como pudieras creer. Estaba ya muy rígido y sentí una inexplicable repugnancia en dejarlo caer bruscamente al suelo. Era preciso sostenerlo entero con un brazo, y con la mano del otro cortar la cuerda. Pero ahí no acaba todo; el pequeño monstruo había usado un cordel muy fino, que había penetrado de lo más hondo en la carne, y tuve que valerme de unas pequeñas tijeras para buscar la cuerda entre los rebordes de la hinchazón y liberarle el cuello.

“Olvidaba decirte que yo había pedido socorro a gritos; pero todos los vecinos me negaron su ayuda, fieles en eso a las costumbres del hombre civilizado, que nunca quiere, no sé bien por qué inmiscuirse en los asuntos de un ahorcado. Por fin vino un médico que declaró que el niño había muerto hacía varias horas. Cuando, más tarde, tuvimos que desnudarlo para amortajarlo, la rigidez cadavérica era tal que, desesperando de poder doblar los miembros, debimos desgarrar y cortar las ropas para quitárselas.

“El comisario a quien, naturalmente, tuve que declarar el accidente, me miró de soslayo y me dijo: ‘Aquí hay algo turbio’, movido, sin duda, por un inveterado deseo y un hábito profesional de amedrentar, a toda costa, tanto a los inocentes como a los culpables.

“Quedaba por realizar una importante tarea cuyo solo pensamiento me causaba una angustia terrible: había que avisar a los padres. Mis pies rehusaban llevarme. Por fin me armé de coraje. Pero, con gran asombro mío, la madre permaneció impasible, ni una lágrima rodó de sus ojos. Atribuí esta rareza al horror mismo que debía de sentir y recordé la conocida sentencia: ‘los dolores más terribles son los dolores mudos’. En cuanto al padre, se contentó con decir, con un aire embrutecido y ensimismado: ‘Después de todo, quizá sea mejor así: hubiera acabado mal de todos modos’.

“Entretanto, el cuerpo estaba tendido en mi diván y asistido por una sirvienta, me ocupaba de los últimos preparativos cuando la madre entró en mi taller. Quería, según manifestó, ver el cadáver de su hijo. No podía, en verdad, impedir que se embriagara con su desventura, ni negarle ese supremo y sombrío consuelo. Luego me rogó que le enseñara el sitio donde su pequeño se había colgado.

“Oh, no señora —le respondí—, eso le haría mal”. Y como involuntariamente mis ojos se volvieron hacia el fúnebre armario, advertí con un disgusto matizado de horror y de cólera que el clavo continuaba hincado en el tablero con un largo trozo de cuerda que colgaba todavía. Me disparé a arrancar esos postreros vestigios de la desgracia, y cuando me disponía a arrojarlos afuera por la ventana abierta, la pobre mujer sujetó mi brazo y me dijo con voz

irresistible: “¡Oh, señor! ¡Déjeme eso! ¡Se lo ruego! ¡Se lo suplico!” Pensé que la desesperación la había sin duda enloquecido de tal modo que se enternecía ahora con lo que había servido de instrumento de la muerte de su hijo, y quería conservarlo como una horrible y preciosa reliquia. Y se apoderó del clavo y de la cuerda.

“¡Por fin! Por fin todo había terminado. Podía ahora retomar mi trabajo con más viveza aún que de ordinario, para desalojar poco a poco ese pequeño cadáver que obsesionaba los repliegues de mi cerebro y cuyo fantasma me abrumaba con sus enormes ojos fijos. Pero al día siguiente recibí un mazo de cartas; unas, de los inquilinos de mi casa; algunas otras de las casas vecinas; una del primer piso; otra, del segundo; otra, del tercero, y así sucesivamente; unas en estilo semi gracioso, como buscando disimular bajo una aparente broma la sinceridad de la petición, otras pesadamente descaradas y sin ortografía, pero todas encaminadas al mismo propósito, es decir, a lograr de mí un pedazo de la funesta y beatífica cuerda. Entre los firmantes había, debo decirlo, más mujeres que hombres; pero créeme que no todos pertenecían a la clase ínfima y vulgar. He conservado esas cartas.

“Y entonces, repentinamente, una luz se hizo en mi cerebro y comprendí por qué la madre se obstinaba tanto en arrancarme el cordel y mediante qué comercio pensaba consolarse”.

EL ESPEJO²⁷

Un hombre espantoso entra y se contempla en el cristal.
¿Por qué se mira en el espejo, y solo puede verse en él
con desagrado?

El espantoso hombre me responde “Señor, según los in-
mortales principios del 89, todos los hombres son iguales
en derechos, tengo, por lo tanto, derecho a mirarme; con
agrado o sin él, es cosa que solo concierne a mi conciencia.
En nombre del buen sentido, yo tenía, sin duda, razón;
pero, bajo el punto de vista de la ley, él no se equivocaba.

²⁷ BAUDELAIRE, CHARLES, *Pequeños Poemas en Prosa o Spleen de París*,
Traducción José Antonio Millán Alba, Cátedra Letras Universales,
Madrid, 1986, p. 22.

EL POEMA DEL HASCHISCH²⁸

Fragmento

I. EL GUSTO DEL INFINITO

Aquellos que saben observarse a sí mismos y que conservan el recuerdo de sus impresiones, aquellos que, como Hoffmann, han sabido construir su barómetro espiritual, han tenido a veces que anotar, en el observatorio de su pensamiento, hermosas estaciones, felices jornadas, deliciosos minutos, hay días, en los que el hombre se despierta con un genio joven y vigoroso. Apenas libres sus párpados del sueño que lo sellaba, el mundo exterior se le ofrece con un poderoso relieve, una nitidez de contornos y un riqueza de colores admirables. El mundo moral abre sus vastas perspectivas, llenas de nuevas claridades. Recompensando por esta beatitud, desgraciadamente rara y pasajera, siéntese el hombre a la vez más artista y más justo, en una palabra, más noble. Pero lo más singular de este excepcional estado del espíritu y de los sentidos, que, sin exagerar, puedo llamar paradisiaco, si lo comparo con las pesadas tinieblas de la existencia común y diaria es que no ha sido creado por ninguna causa claramente visible y fácil de definir. ¿Es el resultado de una buena higiene de un régimen prudencial?

²⁸ *Ibidem*, pp. 147-150.

Tal es la primera explicación que se presenta al espíritu; pero estamos obligados a reconocer, a menudo, esta maravilla, esta especie de prodigio, se produce como si fuese el efecto de una potencia superior e invisible, extrínseca al hombre, tras un periodo en el que éste ha abusado de las facultades físicas. ¿Diremos que es la recompensa de la oración asidua y del ardor espiritual? Es cierto que una elevación constante del deseo, una tensión de las fuerzas espirituales hacia el cielo sería el régimen más adecuado para crear esta salud moral, tan brillante y gloriosa; pero, ¿en virtud de qué absurda ley se manifiesta a veces de culpables orgías de la imaginación, después de un sofisticado abuso de la razón que es, respecto de su empleo honesto y razonable, lo que las dislocadas volteretas son a la sana gimnasia? Por ello prefiero considerar esa condición anormal del espíritu como una verdadera gracia, como un espejo mágico donde el hombre está invitado a verse hermoso, es decir, tal como debería y podría ser; una especie de excitación angélica, una llamada al orden hecha con exagerada cortesía. Igualmente, cierta escuela espiritual, que tiene sus representantes en Inglaterra y en América, considera los fenómenos sobrenaturales —apariciones de fantasmas, ánimas, etc.— como manifestaciones de la voluntad divina, atenta despertar en el espíritu humano el recuerdo de las realidades invisibles.

Por lo demás, este singular y encantador estado, en el que todas las fuerzas se equilibran, en el que la imaginación, aunque maravillosamente poderosa, no arrastra el sentido moral a peligrosas aventuras, en el que una exquisita sensibilidad no resulta torturada por unos nervios enfermos, habituales consejeros del régimen o de la desesperación; ese maravilloso estado, digo, no tiene síntomas que le preceden. Es tan imprevisto como el fantasma; una especie de obsesión, pero de obsesión intermitente, de la que deberíamos sacar, si fuésemos sensatos, la certeza de una existencia mejor y la esperanza de lograrla mediante la diaria ejercitación de nuestra voluntad. Tal agudeza del pensamiento, tal entusiasmo de los sentidos y del espíritu, en todo momento debieron aparecérselo al hombre como el primero de los bienes; por ello, al no considerar sino el placer inmediato, el hombre, sin preocuparse por violar las leyes de la constitución, ha buscado en la ciencia física, en la farmacéutica, en los licores más groseros, en los más sutiles perfumes, bajo todos los climas y en todas las épocas, los medios para huir, aunque solo fuese por algunas horas, de su habitáculo de fango y, como dice el autor de *Lázaro*²⁹: “para alcanzar el paraíso de un solo golpe”. ¡Ay!, los vicios del hombre, tan llenos de horror como se los supone, contienen la prueba (¡aun cuando

²⁹ Auguste Barbier.

ello no fuese sino su infinita expansión!) de su gusto del infinito; solo que es un gusto que a menudo se equivoca de camino. Cabría tomar en un sentido metafórico el vulgar proverbio: Todos los caminos llevan a Roma, y aplicarlo al mundo moral; todo lleva a la recompensa o al castigo, dos formas de eternidad. El espíritu humano rebosa de pasiones; la tiene hasta para Dar y tomar, por servirme de otra locución trivial; pero este infeliz espíritu, cuya depravación natural es tan grande, como su repentina actitud, casi paradójica, para la caridad y para las más arduas virtudes, es fecundo en paradojas que le permiten emplear para el mal la saciedad de esta pasión desbordante. Nunca cree haberse vendido en bloque. En su fatuidad, olvida que se la está jugando con algo que le excede en finura y en fuerza, y que el Espíritu del Mal, aun no dándole nada más que un pelo, no tarda en llevarse la cabeza. De esta suerte, este visible señor de la naturaleza visible (hablo del hombre), ha querido crear el paraíso mediante fármacos y bebidas fermentadas, como un maniaco que substituyese sólidos muebles y verdaderos jardines por decoraciones pintadas en tela y montadas sobre bastidores. A mi parecer, es en esta depravación del sentido del infinito donde radica la causa de todos los excesos culpables, desde la embriaguez solitaria y concentrada del literato, que, obligado a buscar alivio en el opio a un dolor físico, y habiendo descubierto, así, una fuente de placeres morbosos, poco

a poco va haciendo de aquel su única higiene y algo así como el sol de su vida espiritual, hasta la más repugnante embriaguez de los suburbios, en donde, con el cerebro lleno de fuego y de gloria se revuelve grotescamente entre las inmundicias del camino.

Dentro de las drogas más apropiadas para crear lo que llamó el Ideal artificial, dejando de lado los licores, que con celeridad impulsan al furor material y abaten la fuerza espiritual, así como los perfumes, cuyo uso excesivo, al mismo tiempo que vuelve más sutil la imaginación del hombre, también agota gradualmente sus fuerzas físicas, las dos substancias más enérgicas, aquellas cuyo empleo es más cómodo y más accesible, son el haschisch y el opio. Constituye el objeto de este estudio el análisis de los misteriosos efectos y de los morbosos placeres que estas drogas pueden engendrar, de los inevitables castigos que se derivan de un uso prolongado de ellas, así como, finalmente, de la inmortalidad misma implicada en la persecución de un falso ideal.

El trabajo sobre el opio ha sido hecho ya, y de un modo tan brillante, médico y poético a la vez, que no me atrevo a añadirle nada. Me contentaré, por lo tanto, con hacer en otro estudio el análisis de ese libro incomparable que en Francia nunca ha sido traducido en su totalidad. El autor,

hombre ilustre, de poderosa y exquisita imaginación, hoy retirado y en silencio, se atrevió, con una trágica candidez, a hacer el relato de los gozos y de los tormentos que antaño encontró en el opio, y la parte más dramática de su libro es donde habla de los sobrehumanos esfuerzos de voluntad que tuvo que desplegar para evadirse de la condenación a la que él mismo, imprudentemente, se había consagrado...

DIARIOS ÍNTIMOS ³⁰

³⁰ BAUDELAIRE, CHARLES, *Diarios íntimos*, Traducción José Pedro Díaz Ed. Galerna, Buenos Aires, 1979.

Los *Diarios íntimos* de Baudelaire son un conjunto de anotaciones que realizó entre los años 1859 y 1866, según puede desprenderse del análisis de su Correspondencia. Anotaciones para libros proyectados, cuyos títulos, por otra parte, aparecen en casi todas las hojas: Cohetes y Mi corazón al desnudo, títulos que fueron sugeridos por diferentes textos de Poe.

III³¹

Cohetes.

Creo que ya escribí en mis notas que el amor se parece mucho a la tortura o a una operación quirúrgica. Pero esta idea puede ser desarrollada del modo más amargo. Aun cuando los dos amantes estuvieran muy enamorados y muy llenos de deseos recíprocos, uno de los dos estará, siempre más tranquilo, o menos poseído que el otro. Ése, o ésa, es el operador o el verdugo; el otro es el sujeto, la víctima. ¿Escucháis esos suspiros, preludios de una tragedia de deshonor, esos gemidos, esos gritos, esos estertores? ¿Quién no los ha proferido, quién no los ha irresistiblemente arrancado? ¿Y qué encontráis peor que eso en la tortura aplicada por cuidadosos torturadores? Esos ojos extraviados de sonámbulo, esos miembros cuyos músculos se sacuden y se contraen como bajo la acción de una pila eléctrica, ni la embriaguez, ni el delirio, ni el opio en sus más furiosos resultados, os ofrecerán, por cierto,

tan espantosos, tan curiosos ejemplos. Y el rostro humano, que Ovidio creía hecho para-reflejar los astros, helo aquí que no expresa más que una ferocidad loca, o que se distingue en una especie de muerte. Porque, ciertamente, yo

³¹ *Ibíd.*, p. 19.

creería cometer un sacrilegio aplicando la palabra éxtasis a esta especie de descomposición.

¡Espantoso juego en el que es necesario que uno de los jugadores pierda el gobierno de sí mismo!

Una vez preguntaron delante de mí en qué consistía el mayor placer del amor. Alguien respondió naturalmente: en recibir, y otro: en darse. Este dijo: ¡placer de orgullo!, y aquél: ¡voluptuosidad de humillación! Todos estos cerdos hablaban como la Imitación de Cristo. Al fin apareció un impúdico utopista que afirmó que el mayor placer del amor era el de formar ciudadanos para la patria.

Por mi parte, yo digo: la voluptuosidad única y suprema del amor consiste en la certidumbre de hacer el mal. El hombre y la mujer saben, de nacimiento, que toda voluptuosidad se encuentra en el mal.

X³²

Cohetes.

Encontré la definición de lo Bello, de lo que es Bello para mí. Es algo ardiente y triste, algo un poco vago, que

³² *Ibíd.*, p. 33.

abre paso a la conjetura. Voy, si se quiere, a aplicar mis ideas a un objeto sensible, por ejemplo, al objeto más interesante en la sociedad, a un rostro de mujer. Una cabeza seductora y bella, quiero decir, una cabeza de mujer, es una cabeza que hace soñar a la vez —pero de manera confusa— de voluptuosidad y de tristeza; que arrastra una idea de melancolía, de lasitud y hasta de saciedad, —o una idea contraria, es decir, un ardor, un deseo de vivir, asociado a un reflujo de amargura, como proveniente de la privación o la desesperanza. El misterio, el pesar, son también características de lo Bello.

Una bella cabeza de hombre no arrastra consigo necesariamente —al menos a los ojos de otro hombre, pero quizá sí a los ojos de una mujer—, esta idea de voluptuosidad que en un rostro de mujer es una provocación tanto más atractiva cuanto más melancólico es en general el rostro. Pero esta cabeza contendrá también algo de ardiente y de

triste; necesidades espirituales, ambiciones tenebrosamente rechazadas; la idea de un poder rugiente y sin empleo; algunas veces la idea de una insensibilidad vengadora (porque el tipo ideal del dandy no es de desdeñar en este asunto); algunas veces también —y éste es uno de los caracteres más interesantes de la belleza— el misterio; y

al fin (para tener el coraje de confesar hasta qué punto me siento moderno en estética), la desgracia. No pretendo que la Alegría no pueda asociarse con la Belleza; pero digo que la Alegría es uno de sus ornamentos más vulgares, mientras que la melancolía es, por así decirlo, su compañera ilustre, hasta el punto de que casi no puedo concebir (¿será acaso mi cerebro un espejo embrujado?) un tipo de Belleza en el que no haya Desgracia. —Apoyado en —otros dirán: obsesido por— esas ideas, se comprende que me sería difícil no llegar a la conclusión de que el más perfecto tipo de Belleza viril es Satanás, a la manera de Milton.

XXI³³

Higiene. Conducta. Método.

Me juro a mí mismo seguir desde ahora las reglas siguientes como reglas eternas de mi vida:

Hacer todas las mañanas mi plegaría a Dios, depósito de toda fuerza y de toda justicia, a mi padre, a Marieta y a Poe, como intercesores; rogarles que me comuniquen la fuerza necesaria para cumplir con todos mis deberes, y otorguen a mi madre una vida lo bastante larga para que pueda gozar de mi transformación; trabajar todo el

³³ *Ibíd.*, p. 66.

día, o, al menos, tanto como mis fuerzas me lo permitan; confiarme en Dios, es decir, en la Justicia misma para el éxito de mis proyectos; hacer todas las noches una nueva plegaria para pedir a Dios la vida y la fuerza para mi madre y para mí; hacer de todo lo que gane cuatro partes —una para la vida corriente, otra para mis acreedores, otra para mis amigos y otra para mi madre—; obedecer los principios de la más estricta sobriedad y, el primero, la supresión de todos los excitantes, sean los que fueren.

Mi corazón al desnudo³⁴.

En el amor, como en casi todos los asuntos humanos, el entendimiento cordial es el resultado de un malentendido. Ese malentendido es el placer. El hombre grita: “¡Ángel mío!” “La mujer arrulla”: “¡Mamá! ¡mamá!” Y esos dos imbéciles están persuadidos de que piensan concertadamente. El abismo infranqueable que crea la incomunicabilidad queda sin franquear.

³⁴ *Ibíd.*, p. 112.

Mi corazón al desnudo.

¿Por qué el espectáculo del mar es tan infinita y eternamente agradable?

Porque el mar ofrece a la vez la idea de la inmensidad y del movimiento. Seis o siete leguas representan para el hombre el radio infinito. He aquí un infinito en diminutivo. ¿Qué importa si basta para sugerir la idea del infinito total? Doce o catorce leguas (de diámetro), doce o catorce leguas de líquido en movimiento, alcanzan para ofrecer la más alta idea de belleza que pueda ofrecérsele al hombre sobre su habitáculo transitorio.

Charles Baudelaire fue el padre espiritual de los poetas malditos y de la poesía moderna. Era la conciencia del desarraigo. Si alguien precedió la ironía de Óscar Wilde y su refinado esteticismo, fue Baudelaire. Elegante, cáustico y certero.

“La verdadera realidad no está más que en los sueños”, dice Baudelaire, desconfiando de las apariencias y las cosas meramente tangibles. Su realidad y sus sueños están en el arte, al que define como “una magia sugerente que contiene, a la vez, al objeto y al sujeto, al mundo exterior y al artista mismo”.

Idolatra la realidad y participa de ella como en un festín placentero y estético. Ese contacto con la realidad, incesante, vital, lo lleva a poetizar, a entrañar de misterio, sus actos más frecuentes y elevarlos a su esencia primordial.

Antepone a la actitud superficial del dandi burgués, es decir del personaje que proviene del poder material, algo más profundo, y el dandismo en sus palabras sería algo interior, más allá de cierto exotismo que permite el dinero, y es “el de la superioridad aristocrática del espíritu”.

El arte y su práctica provocan un lujo de ser, más que del aparentar ser, y dice que por encima de todo “es la ardiente necesidad de hacerse a un originalidad, contenida entre los límites externos de las conveniencias”.

Genet vive en el infierno, Baudelaire lo inventa. El primero es un héroe humano, el segundo un dios fallido.

Su agitado corazón estuvo ligado a Jeanne Duval, una sensual mulata de las Antillas, que bailaba en modestos cabarets de París. Fue una mujer resbaladiza, misteriosa, fatal; caras de una misma moneda que el poeta gustaba recrear. Su afinidad por el libertinaje los llevó a recorrer un largo proyecto de espinas y maravillosos extravíos.

Baudelaire es el fastidio, la silueta más agraciada del desasosiego: que sueña y crea patíbulo mientras aspira ocioso su pipa. Sus ojos perversos, tiernos, son la imagen de un niño antes de cometer un crimen doméstico. ¿Cómo llama a este villano, a este canalla que gusta del látigo, del confort, del resplandor del hastío?, si sus «alas de gigante le impiden caminar».

ALFONSO CARVAJAL

CHARLES PIERRE BAUDELAIRE (París 1821-1867). Poeta, ensayista, traductor (tradujo a Edgar Allan Poe). Autor de la novela *La fanfarlo*. Junto con Rimbaud está considerado uno de los pioneros de la lírica moderna. En su visión poética del mundo sobresalen la inteligencia, una observación aguda de las pasiones humanas y una gran ironía. Sus obras más importantes son *Las flores del mal*, donde algunos poemas fueron prohibidos en su época por “inmorales” y *Spleen de París* (Pequeños poemas en prosa), que revolucionó la forma poética y es un texto donde la modernidad surge plena a través de una concepción original de la naciente metrópoli. También sobresalen *El pintor de la vida moderna*, una serie de ensayos críticos, y *Los paraísos artificiales*, unas exquisitas y hondas reflexiones sobre el consumo del haschisch y otras sustancias delirantes.

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendiñueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López

46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango
48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Bocanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Óscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apúshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo
79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Alfonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez
84. *El pastor nocturno*, Felipe García Quintero
85. *Piel de naufrago*, Xavier Oquendo Troncoso
86. *Yo me pregunto si la noche lenta*, Juan Pablo Roa Delgado
87. *Soledad llena de humo*, Juan Carlos Bayona Vargas
88. *Antes de despertar*, Víctor López Rache
89. *Péndulo de arena*, Carlos Fajardo Fajardo
90. *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*, Marco Antonio Campos
91. *Somos las horas. Antología poética*, Abelardo Leal
92. *Dos patrias tengo yo*, José Martí

93. *Visibles ademanes. Antología*, Eugenia Sánchez Nieto (Yuyin)
94. *Los días son dioses*, Robinson Quintero Ossa
95. *Oscura música*, Amparo Osorio
96. *Como acabados de salir del diluvio*, Horacio Benavides
97. *Como se inclina la hierba*, Manuel Iván Urbina Santafé
98. *En la memoria me confundo*, Claramercedes Arango M.
99. *Poemas para leer en el bus*, Rubén Darío Lotero
100. *Memoria del olvido*, Manuel Mejía Vallejo
101. *Vivo sin vivir en mí*, San Juan de la Cruz
102. *Soledades. Antología*, Antonio Machado
103. *La risa del saxo y otros poemas*, Fernando Linero
104. *Poesías*, Guillermo Valencia
105. *Me duele una mujer en todo el cuerpo I*, Antología femenina
106. *Me duele una mujer en todo el cuerpo II*, Antología femenina
107. *¿Cómo era, Dios mío, cómo era?*, Juan Ramón Jiménez
108. *Mordedura de tiempo*, María Ángeles Pérez López
109. *Poemas escogidos*, Rafael Maya
110. *Rimas escogidas*, Gustavo Adolfo Bécquer
111. *Con los que viajo, sueño. Antología (1978-2003)*, Víctor Gaviria
112. *Que muero porque no muero*, Santa Teresa de Jesús
113. *Festejar la ausencia. Antología*, Beatriz Vanegas Athías
114. *Polvo serán, mas polvo enamorado. Antología poética*, Francisco de Quevedo
115. *Antología poética*, Carlos Arturo Torres
116. *Poner bellezas en mi entendimiento*, Sor Juana Inés de la Cruz
117. *Poesía Afro Colombiana 1849-1989*
118. *En un pastoral albergue. Antología poética*, Luis de Góngora
119. *Casa paterna. Antología poética 2003-2015*, Fátima Vélez Giraldo
120. *Antología poética de Nicolas Pinzón Warlosten y Santiago Pérez*
121. *Del dolor y la alegría*, Emilio Coco
122. *De acá y de allá. Antología*, Jesús Munárriz
123. *El gran amor. Poemas*, Cicerón Flórez Moya
124. *De noche un pájaro*, Miguel Andrés Tejada Sánchez
125. *Verde que te quiero verde. Antología poética*, Federico García Lorca
126. *Animal de oscuros apetitos. Antología personal*, Nelson Romero Guzmán
127. *Memoria lírica*, Eduardo Castillo
128. *Partículas. Antología*, Mauricio Guzmán
129. *Estoy en lo más profundo del abismo. Antología poética*, Jean-Arthur Rimbaud
130. *...Y el arroyuelo azul en la cabeza. Antología*, Eduardo Carranza
131. *Yo en el fondo del mar...*, Alfonsina Storni
132. *Mi corazón se desató en el viento. Antología*, Pablo Neruda
133. *El humo de la noche rodea mi casa*, Henry Alexander Gómez
134. *Romances del Río de Enero y otros poemas*, Alfonso Reyes
135. *Arde Babel*, Camila Charry Noguera
136. *Para llegar a este silencio*, Santiago Espinosa
137. *Cantos sueltos*, Giacomo Leopardi
138. *Una forma de orgullo. Antología*, Luis García Montero
139. *El amor se parece mucho a la tortura*, Charles Baudelaire



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en octubre de 2017

Se compuso en caracteres
Sabon de 10,5 puntos
y se imprimió
sobre papel bulky de 60 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem